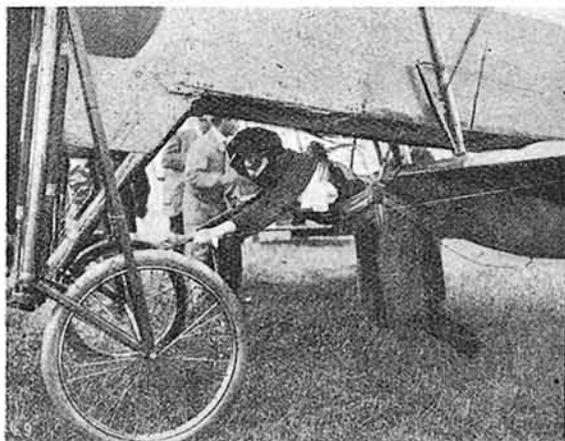


La historia del inventor Lencrmand

Que el Coronel Cabezas nos hable con admiración, desde estas mismas páginas, del salto dado por Starnes en 1941, es explicable. Todavía en 1932 era el ruso Atanasieff quien ostentaba el "record" mundial, con su salto de 2.000 metros... ¡y fué de 10.000 metros el del norteamericano! No, no fué, en verdad, hazaña de poca monta. Ni por lo que supuso en sí, ni por lo que de fe, ciencia y constancia representaron los innumerables y enojosos preparativos. Por no salir de la revista ni de sus colaboradores, tampoco nos asombra que el Comandante Onrubia se incline ante el salto que el Capitán español Gaspar Pérez de Villagrán diera en el poblado indio de Acoma, siquiera este pasmo haya de consagrarse a la hazaña física más que a la empresa científica, ahí, como es lógico, inexistente. No pasmo, pero sí interés afectuoso quiero yo provocar aquí narrando algo en cierto modo equidistante de la proeza física de Acoma y de la experiencia científica de Starnes, como fué la invención del paracaídas por un cierto monsieur Lencrmand, inventor tan cierto como desconocido.



Mademoiselle Cayat, en sus experiencias de 1914.
(De La Esfera.)



Claro está que, si queremos llenar la historia del paracaídas, remontando aguas arriba su corriente, sería cosa de traer aquí muchos más nombres. Ahí está, y vaya como ejemplo, la anécdota de mademoiselle Cayat de Castella, que, según nos informa una "Esfera" de mayo de 1914, se lanzó en Nevers desde un aeroplano para probar el paracaídas "Pelletier", desde 800 metros de altura, lo cual, aun sin llegar a los 10 kilómetros de Starnes, no dejaba de ofrecer sus riesgos. Y si remontamos mucho más en la historia, aún más allá de Garnerín, primer hombre que, el 22 de octubre de 1797, se lanzó en paracaídas, daremos con un nutrido repertorio de nombres, en parte legendarios, en parte representativos de meros saltos naturales, como el de Acoma; en parte expresión de una seria actividad científica, que no llegó, sin embargo—que nosotros sepamos—, a experimentarse prácticamente. Muchas de las experiencias que Duhem nos presenta como casos de "vuelo batiente" o "a vela" no debieron pasar, totalmente o en parte, de caídas retardadas, es decir, de paracaidismo empírico. Nuestros viejos conocidos, el sarraceno de Constantinopla, el árabe de Córdoba, el emprendedor Maquiés de Bacqueville, Besnier, no dejan de tener algo que decir en la historia del paracaídas; y lo mismo las caídas, amortiguadas providencialmente por el viento y la amplitud de las vestiduras, de que dan cuenta las crónicas; caídas que inspiraron a novelistas como Cyrano y nuestro Cervantes, permitieron evasiones, y, en fin, hicieron concebir a Thibaut, de Saint André, en 1784, la idea de un



El "vuelo" del Marqués de Bracqueville.

(Del "Musée Aéronautique", de Duhem.)

traje-paracaídas, y originaron la muerte de Reichelt al arrojarse desde la Torre Eiffel, con un traje de tal género, el 6 de febrero de 1912. Por otra parte, fueron verdaderas máquinas paracaídas las que inventaron Leonardo, Reinhault de Sohms, Fausto Veranzio y Burattini, merecedores de más atención de la que se les ha concedido hasta ahora. Pero, eso sí, sin experiencias prácticas; no se trata, por eso, más que de "precedentes". El comienzo de la verdadera era científica del paracaídas lo hallaremos en... ¿Garnerín? De ningún modo: en Lenormand.

La historia de Lenormand constituye uno de los casos más curiosos en la historia general de la conquista del aire. Porque Lenormand, que es, indiscutiblemente, el padre del paracaídas, es, no ya subestimado, sino omitido absolutamente en muchas historias sobre el particular, que se limitan a presentar el nombre de Garnerín, el cual, en rigor, no fué—repito—sino quien primeramente se lanzó en paracaídas y popularizó el artefacto, lo cual, por supuesto, es mucho, pero no lo es todo. Y por si esto fuera poco, nos encontramos con que frente a ese casi general desconocimiento, alguno de los que pudiéramos denominar "fieles" de Lenormand, llegó a extremar de tal manera las cosas, que le presentó como protagonista de lo que en puridad sólo a Garnerín pertenece: la primacía en el lanzarse en paracaídas. Veamos, pues, qué hizo en realidad Lenormand.

Duhem, en su "Histoire des idées aéronautiques avant Montgolfier", nos contesta a ello con singular detalle y amenidad. A lo que parece, monsieur Lenormand era un estudioso joven, aficionado, como otros muchos en su época, a las ciencias de todo orden, que leía y meditaba, hurtándole ratos al descanso, en la ciudad de Montpellier, harto más apacible que el resto de Francia en el año de 1783. A manos de ese joven fué a parar un día cierta obra en dos volúmenes con este título: "Du Royaume de Siam, par monsieur de la Loubère, envoyé extraordinaire du Roy auprès du Roy de Siam", obra editada en París en 1691, y en cuyo primer tomo, en la página 180, para mayor precisión, según nos advierte escrupulosamente Duhem, se podía leer la historia de las diversiones con que se solazaba el Rey de Siam, a saber: contemplar equilibristas en la cuerda floja, con la ayuda de quitasoles, y cómo uno de los equilibristas, después, se lanzaba desde la cuerda, y, maniobrando diestramente su quitasol, llegaba sano y salvo a tierra. Ya que no con siameses, la experiencia no era cosa desusada en la propia tierra de Lenormand. Duhem nos asegura que en 1771 se congregó en Avignon gente de muy distantes lugares para ver a un perro sujeto a un quitasol elevarse en el aire merced a cohetes y aterrizar después dulcemente, gracias a tan rudimentario paracaídas; pero también nos dice que nada hace suponer el conocimiento de tales experiencias por Lenormand, el cual, por ello, hubo de atenerse exclusivamente a los siameses. Pero éstos le bastaron.

Ignorante igualmente de las máquinas ideadas por Leonardo o Veranzio, el inventor francés se proveyó de dos quitasoles, con los cuales se lanzó sin daño desde la altura de un piso, cerrando, eso sí, fuertemente los ojos, como se nos afirma y sin dificultad creemos. El encerró estas experiencias en el secreto de su jardín, pero ojos indiscretos las contemplaron, bocas aún menos discretas las difundieron, y he aquí que llegaron a conocimiento del abate Pierre Nicolás Berthelon, y que el calvario de nuestro héroe comenzó.

En resumen, y sin entrar en los mil detalles que nos da Duhem: el bueno del abate sólo a medias era bueno; al menos, no lo fué en modo alguno en este negocio. Hombre con inmoderada sed de notoriedad, pero a quien Dios no le había dotado, al parecer, con la facultad de inventar nada, vió en el invento de Lenormand la manera de suplir con arte lo que la natura-

leza no le había proporcionado, y se las ingenió para que Lenormand hiciera una experiencia pública, y aun ostentósima, puesto que el abate logró que el propio Montgolfier asistiera a ella, en el Observatorio de la Sociedad de Ciencias de Montpellier. Andando el tiempo, un paisano del inventor, Guillermo Luis Figuiér, al dar cuenta de la experiencia en el tomo segundo de "Les Merveilles de la Science", llegó a pintar a Lenormand lanzándose del Observatorio. Es la estampa que aquí veis reproducida y que ha circulado profusamente, no obstante su falsedad, pues si no bastara la insuficiencia notoria de la sombrilla empleada en el dibujo para el empeño, sería suficiente el comprobar—como se comprobó—que las casas que rodean al Observatorio existían, sí, en 1868, época del dibujo, pero de ningún modo en el tiempo de la experiencia. Pero la gloria de Lenormand, inocente del todo en las maquinaciones de su coterráneo, puesto que casi treinta años antes, en 1839, había muerto, no necesita de fraudes para existir. Lenormand no se lanzó en persona desde el Observatorio, pero sí lanzó un gato y luego un perro, y dió a su aparato el nombre de "parachute", y escribió después una Memoria en la que calculaba la posibilidad de una máquina apta para sostener a un hombre.

¡Ay, que no fué preciso recurrir a ella, ni a nada, para intentar la experiencia! La experiencia no se hizo. La Memoria no sirvió más que para proporcionar cierto lustre a... Berthelot, por supuesto. El incauto Lenormand se la entregó. Berthelot, que seguramente soñaba (según Duhem apunta) con que la posteridad establecería un paralelo entre su "Discours sur le parachute" y el sonadísimo "Discours sur l'aérostate", pronunciado en noviembre de 1783 por Montgolfier, la presentó a la Academia de Ciencias de Lyon, y, en consecuencia, logró que el "Journal de la Généralité de Montpellier", correspondiente al 29 de mayo de 1784, alabara su nombre..., pero no otra cosa. En sus manos la gran idea quedó estéril, y sin que siquiera le cupiera a Lenormand el consuelo de la notoriedad. En la reseña que Berthelot hace, sólo alude de pasada a un cierto monsieur Le Normand, "que va a hacernos—decía el abate—un paracaídas".

Pero esta especie de ayudante a que ya estaba reducido el inventor había de conocer aún

nuevas amarguras. No debidas a Berthelot. Este falleció el 21 de abril de 1800. Pero sucedió, en cambio, que el científico Prieur descubrió, entre los papeles dejados a su muerte por el General Meusnier, una carta dirigida a éste por Montgolfier, desde Avignon, el 24 de marzo de 1784, en la cual el inventor del globo describe el paracaídas, da cuenta de ciertas experiencias y sugiere al General la conveniencia de aplicar al Ejército el nuevo descubrimiento. Nosotros, por supuesto, ya sabemos de qué experiencias se trataba; recordemos que Montgolfier asistió al acto del Observatorio, y aún se dignó aprobar el nombre de "parachute", encontrado por Lenormand. Pero Prieur, que no sabía nada de ello, ni corto ni perezoso publicó en los "Annales de Chimie", en el tomo 31, la carta, proclamando, en vista de ella, a Montgolfier como descubridor recatado y modesto del paracaídas. No entremos demasiado en lo que siguió, porque descubriríamos que el gran inventor del globo no quedó muy bien parado. Ni aclaró las cosas, cuando se publicó el ditirambo de Prieur, ni siquiera cuando el oscuro Lenor-



El grabado de Figuiér representando la experiencia de Lenormand.

(Del "Musée", de Duhem.)

mand, desde el rincón provinciano en que enseñaba física, olvidadas sus experiencias anteriores, protestó, y Prieur, noblemente, recogió la protesta, la publicó el 22 de octubre de 1801 en el tomo 36 de los "Annales", e indirectamente estimuló a Montgolfier para que pusiera las cosas en claro. Montgolfier desdendió, por lo que fuera, el hacerlo, y así, cuando murió, el 26 de junio de 1810, pudo ser tenido como inventor del globo y del paracaídas. ¿Qué más? ¿No se dijo, inclusive, que personalmente experimentó el segundo? Sin duda, Montgolfier, como otros muchos, hizo experiencias en ese campo, pero ni sus semiesferas fueron anteriores, sino posteriores en tres meses a la experiencia de Lenormand, ni llegan a la perfección del aparato ideado por el primero.

Sin buscarlo, el pobre Lenormand fué tomado como objeto de la que Duhem denomina "la mayor superchería que se haya cometido jamás en las efemérides de la ciencia"; es justo que la mala pasada que a la historia de la Aviación jugó Guillermo Luis Figuiet no nos haga olvidar que a Lenormand se debe nada menos que la invención real del paracaídas. Ese paracaídas que ahora ha permitido a Starnes zambullirse en el vacío desde 10 kilómetros de altura. Sin duda que eso no le habría sido posible realizarlo con probabilidades de llegar salvo a tierra valiéndose de las dos sombrillas de Lenormand; pero no dudéis tampoco que, sin aquel salto primero de Lenormand, desde la altura de un piso y con los ojos cerrados, el salto prodigioso de Starnes nunca habría podido realizarse.

El vuelo fabuloso de Alejandro



Grabado representando el vuelo del Emperador Alejandro el Magno.

(Del "Musée", de Duhem.)

Puestos a prescindir de aviones y globos y demás artefactos mecánicos; puestos, también, a prescindir de toda clase de medios mágicos de vuelo; de cuanto, en suma, puede llevarnos por el camino de los hombres o por el de los demonios, ¿qué nos queda, si queremos volar, que recurrir a los animales? Y a los animales recurrieron, si queréis, científicos: Bacon, Wilkins, Kaiserer—aquél de las águilas uncidas al globo—, mademoiselle Tessiere, Tiro, Lorin, y si preferís novelistas, Cyrano, Morghen, Godwin, Brunt, éstos bien conocidos en esta Sección; y, en fin, para personajes fabulosos, Bertoldino y el propio barón de Munchausen. No legendario, sino real, fué Alejandro el Magno, y, sin embargo, su viaje es la más descomunal fábula que nos ha legado la antigüedad. Y la más difundida. Narradores, copistas, miniaturistas, imagineros, la difundieron a partir del siglo X por toda la Cristiandad; y por toda Europa podéis encontrarla en pinturas y grabados, marfiles y esmaltes, bronces, músicas, historias. Unas veces contemplamos a Alejandro en un trono, otras en un carro, algunas en una cesta, o en el propio nido de los animales que le conducen, y éstos arrastran, con el emperador dentro; quién le pinta elevado por cuatro grifos, quién por seis, y no faltan los que reducen el motor a dos animales, como en este grabado. En nuestro recuento de cosas pasadas no podía faltar el más asombroso viaje aéreo que imaginara la antigüedad.